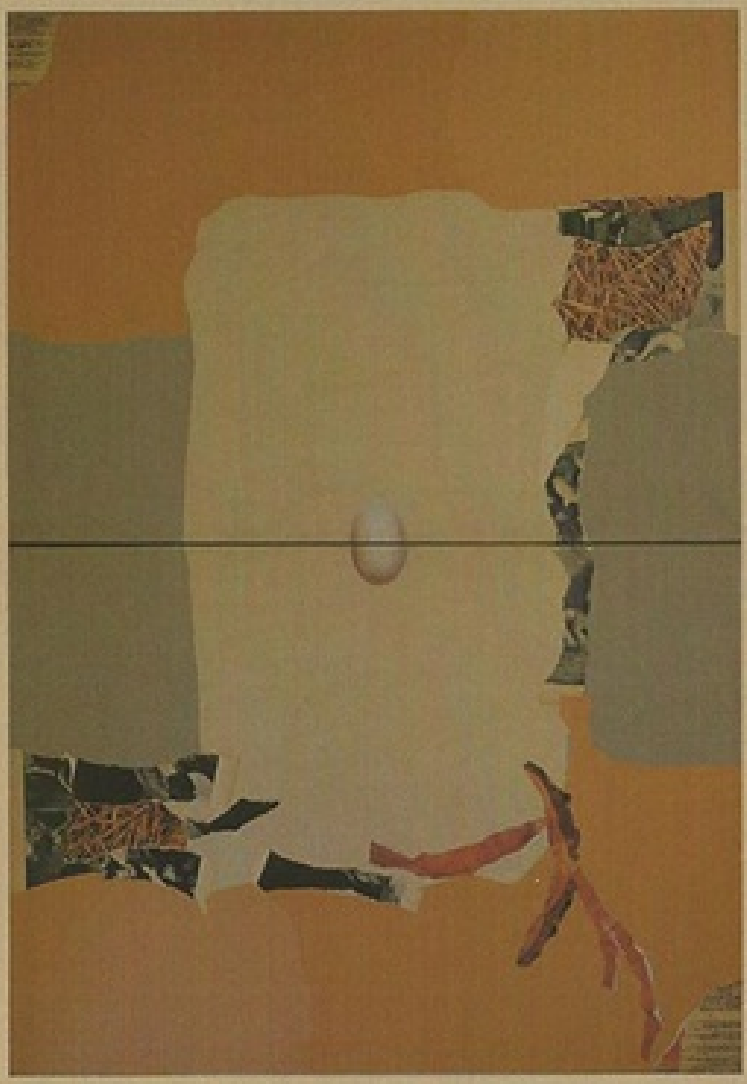
Carlos Barbarito



Radiación de fondo

clinamen

Radiación de fondo

Carlos Barbarito

Radiación de fondo

Barbarito, Carlos

Radiación de fondo / Carlos Barbarito ; prólogo de Floriano Martins
2a edición revisada - Carlos Barbarito 2018

ISBN 978-987-778-218-9
Ilustración de tapa: “El Inicio”, collage de Mónica Goldstein
http://www.artebus.com.ar/artistas/perfil.php?artID=59&lang=ES

El poeta Carlos Barbarito empieza así su libro *La orilla desierta (2003): Esta es mi vida, parece decir la hoja / que cae desde la rama / o la piedra que rueda por la ladera.* Y aquí hay una dislocación estratégica que hace que el poeta salte de una esfera a otra. No es el poeta quien dice: Esta es mi vida, como se podría pensar en el primer momento, sino la naturaleza, que aquí nos habla a través de la hoja y de la piedra. Sin embargo, al mismo tiempo sabemos que es el poeta quien le presta la voz. Entonces se transmuta en piedra y en hoja para que nos aproximemos a la intimidad existencial de la naturaleza. De alguna forma, *La orilla desierta* es un libro que nos prepara –o esencialmente prepara a su autor– para la entrada en *Radiación de fondo*, si consideramos que allí tenemos casi un inventario de la desnudez, en todos los sentidos. Es como si ahora percibiésemos lo que cada uno hizo con su visibilidad, algo que responda a la pulsante indagación. Y una vez más se confunden las voces –siempre estratégicamente–, del poeta y de la naturaleza. Y siempre hay un lector apresurado que insiste: la llave, ¿cuál es la llave de esta poética?

Carlos Barbarito posee el fascinante don de no entregar al lector nada más que pistas; jamás la llave. Y una de las pistas intrigantes de su poética está en la palabra desnudez y sus correlativos que se repite exhaustivamente, de libro en libro, y que en este *Radiación de fondo* transita como un guía, una intrigante especie de iluminación por encima de todo el error y toda la ceniza. Ahí está la presencia del inventario de las cosas que desaparecieron sin que hubiesen sido totalmente conocidas. Tanto en el poeta como en la naturaleza, el inventario de las máscaras que no se revelaron o entonces que se deshicieron sin centro de razón o de misterio. Es evidente que la presencia de este *nudus* mantiene su seductora ambigüedad: es privación y revelación, lo que falta y lo que se muestra. Inventariarla significa provocar al lector (¿un gran guionista?) –y también al poeta– para que separe la paja del trigo. Y a veces esa dualidad nos convence de su eficacia. Hábilmente el poeta hace con que el lenguaje navegue

entre el vacío y la plenitud, flujo y reflujo, lo que provoca algo de malestar en la constatación de este tránsito. Es un juego, claro. No hay duda de que el lenguaje es un juego. Sin embargo, su astucia está en el hecho de que se realice sin adornos, o sea, también el engaño está desnudo. Y en esto radica la gran fuerza de este libro.

Al conversar con el poeta, me ha dicho que le gusta la idea de la poesía como un modo de la radiación, una radiación siempre diversa, polisémica, surgida desde el fondo de nosotros mismos, y ahí está un terrible secreto que nos revela: la fuente de la radiación, una radiación de fondo, cósmica hasta el punto en que cósmica es la existencia humana, esencialmente un chorro –¿imprevisible?, ¿atraído?– de lo más negro que hay en el hombre, y en su relación con la naturaleza. No basta con decir eso para que el libro se abra como un testamento delante del favorecido. La poética de Carlos Barbarito viene hábilmente provocando una inquietud entre la cosa y su desmoronamiento, entre lo que imaginamos ser y lo que de un momento a otro se deshace. Como él mismo lo sugiere en un poema de *La luz y alguna cosa* (1998), somos al mismo tiempo una cosa y otra cosa, o varias e inclusive las que no conseguimos nombrar.

Y tenemos todavía esa pasión declarada de la poesía por la ciencia, como lo recuerda el poeta (*mi fascinación por la astrofísica*), donde el abismo no es tan grande como parece, o sea, la radiación cósmica de fondo está íntimamente vinculada a la paralaje, que a su vez bien podría ser una figura de lenguaje, un dislocamiento de la retina, una variación. ¿Qué hacemos con las distintas –entre infinitas e inconciliables– maneras de ver el mundo? No puede haber corrección de ángulo, ya que no se puede dar por cierto lo que no pasa de una confesión o aprensión. De vuelta al principio: *Esta es mi vida, parece decir la hoja / que cae desde la rama / o la piedra que rueda por la ladera*. Al buscar un desnudo intenso, la poesía de Carlos Barbarito descubre que son infinitas las capas de desnudez que se disfrazan de vestimenta, y que tal aventura es tan inagotable como lo es la propia vida.

Este descubrir de un aspecto envuelto en mil aspectos es algo que podría haber alcanzado otro cuerpo, si acaso a rte y ciencia no

hubiesen sufrido, en un momento dado, de una vanidad galopante, dejando al hombre completamente desnudo. *Radiación de fondo*, bajo cierto aspecto, expone esta desnudez, inquiriendo sobre sus razones y qué hacer ante una vida sin artificios. Es como si oscilase entre la negligencia y la transgresión, el hombre –¿también el poeta?, ¿también el lector?– ya no se sabe a quién imputar la culpa. Y cuanto más se desnuda, no se encuentra culpa sino imprudencia, crimen, hesitación, perjuicio, su inventario inacabable. ¿Nos llena la razón de culpa? ¿No nos alimentamos de otra cosa que no sea de culpa? ¿Será esta nuestra radiación de fondo?

Floriano Martins
http://abraxasflorianomartins.blogspot.com/

(Traducción del portugués de
Ana María Rodríguez González)

O poeta Carlos Barbarito assim inicia seu libro *La orilla desierta* (2003): «Esta es mi vida, parece decir la hoja / que cae desde la rama/ o la piedra que rueda por la ladera». E há aqui um deslocamento estratégico que faz com que o poema salte de uma esfera a outra. Não é o poeta quem diz: «Esta es mi vida», como se poderia pensar em um primeiro momento, mas sim a natureza, que aqui nos fala através da folha e da pedra. Contudo, ao mesmo tempo sabemos que é o poeta quem lhes empresta a voz. Transmuda-se então em pedra e folha para nos aproximar da intimidade existencial da natureza. Não à toa e quase ao final, encontramos neste mesmo livro a indagação: «¿Quién vive? ¿Quién/ es visible, tras sábanas,/ trasiegos? ¿Qué/ alcanza brote, pulpa?». Para mim, este deveria ser o poema final do livro, pois me parece vital que as coisas se encerrem sempre com uma cortante indagação. De alguma maneira, *La orilla desierta* é um livro que nos prepara –ou mais essencialmente prepara a seu autor– para a entrada em *Radiación de fondo* (2005), considerando que ali temos quase que um inventário da desnudez, em todos os sentidos. É como se agora percebêssemos o que cada um fez com sua visibilidade, algo que responda à pulsante indagação: «¿Hay algo afuera,/ detrás de la última piedra / más allá de los altos tallos/ que crecen sobre el horizonte?». E uma vez mais se confundem as vozes –sempre estrategicamente–, do poeta e da natureza. E há sempre um leitor apressado que insiste: «A chave, qual a chave dessa poética?».

Carlos Barbarito está possuído pelo fascinante dom de não entregar ao leitor senão pistas; jamais a chave. E uma das pistas intrigantes de sua poética está na palabra *nudez* e seus correlatos, que se repete à beira da exaustão, de livro em livro, e que neste *Radiación de fondo* trafega como uma guia, uma espécie intrigante de iluminação acima de todo erro e toda cinza. Eis aí a presença marcante do inventário das coisas que desapareceram sem que tivessem sido debidamente *despidas.* Tanto no poeta quanto na natureza, o inventário das máscaras que não se revelaram ou então que se desfizeram «sin centro de razón o mistério». Evidente que a presença deste *nudus* mantém sua sedutora ambigüidade: é tanto privação quanto revelação, tanto o que falta quanto o que se mostra. Inventariá-la significa provocar o leitor («¿un gran guionista?») –e também o próprio poeta– para que separe joio e trigo. E por vezes essa dualidade nos convence de sua eficácia. Habilmente o poeta faz com que a linguagem navegue entre vazio e plenitude, fluxo e refluxo, provocando um certo mal estar na constatação desse trânsito. É um jogo, claro. Não há dúvida de que a linguagem seja um jogo. Porém sua astúcia está em realizar-se sem ornatos, ou seja, também o ludíbrio está desnudo. E nisto radica a grande força deste livro.

Ao conversar com o poeta, me disse gostar da «idea de la poesía como un modo de la radiación, una radiación siempre diversa, polisémica surgida desde el

fondo de nosotros mismos», e eis aí um terrível segredo que (nos) revela: a fonte da radiação, uma radiação de fundo, cósmica até o ponto em que é cósmica a existência humana, mas essencialmente um jorro –imprevisível?, ¿atraído?– do que há de mais negro no homem, e em sua relação com a natureza. Não basta dizer isto, no entanto, para que o livro se abra como um testamento diante de seu favorecido. A poética de Carlos Barbarito vem habilmente provocando uma inquietude entre a coisa e seu desmoronamento, entre o que imaginamos ser e o que de um momento para outro se desfaz. Como ele próprio sugere em um poema de *La luz y alguna cosa* (1998), somos ao mesmo tempo uma coisa e outra, ou várias e inclusive as que não conseguimos nomear.

E temos ainda essa paixão declarada da poesia pela ciência, como recorda o poeta («mi fascinación por la astrofísica»), onde o abismo não é tão grande quanto parece, ou seja, a radiação cósmica de fundo está intimamente ligada à paralaxe, que, por sua vez bem poderia ser uma figura de linguagem, um deslocamento de retina, uma variação, sim, uma variação. Mas o que fazemos com as distintas – entre infinitas e inconciliáveis– maneiras de ver o mundo? Não pode haver correção de ângulo, uma vez que não se pode dar por certo o que não passa de confissão ou apreensão. De volta ao princípio: «Esta es mi vida, parece decir la hoja/ que cae desde la rama/ o la piedra que rueda por la ladera». Ao buscar um desnudamento intenso, a poesia de Carlos Barbarito descobre que são infinitas as camadas de nudez que se disfarçam de vestes, e que tal aventura é tão inesgotável quanto a própria vida.

Esta *descoberta* de um aspecto envolto em mil aspectos é algo que poderia ter alcançado outro corpo, se acaso arte e ciência não tivessem sofrido, em certo momento, de uma vaidade galopante, deixando o homem completamente sem vestes. *Radiación de fondo,* sob certo aspecto, expõe esta nudez –e cabe mencionar a referência a Pascal na epígrafe com que abre o libro–, inquirindo sobre suas razões e o que fazer ante uma vida sem artifícios. E como se oscilasse entre a negligência e a transgressão, o homem –também o poeta?, também o leitor?– não sabe mais a quem imputar sua culpa. E quanto mais se despe, não encontra senão culpa, imprudência, crime, hesitação, prejuízo, seu inventário incontornável. A razão nos enche de culpa? Não nos alimentamos de outra coisa, senão de culpa? Será esta nossa radiação de fundo?

Floriano Martins

A María y Cecilia

A Mercedes Acosta, en memoria: un día me preguntaste: *¿Cómo hacés para sobrellevar lo que te habita?* Yo no supe qué responderte. Hoy siento que eso que me habita –y que no sé cómo llamarlo– se abre paso a través de mí, gana espacios, me derrota.

Octubre 18, 2012.

A Breton: ¿y si la labor del poeta consistiese en una busca interminable e inútil de la relación entre un buey desollado, los pabellones en la popa del navío y el sol naciente?

Diciembre 4, 2015.

El poeta se consagra y se consume, pues, en definir y construir un lenguaje en el lenguaje; y su operación, que es amplia, difícil, delicada, que exige las más diferentes cualidades del espíritu, y que nunca está terminada, de la misma manera que nunca es exactamente posible, tiende a construir el discurso de un ser más puro, más poderoso y más profundo en sus pensamientos, más intenso en su vida, más elegante y más feliz en su palabra, que cualquier persona real.

Paul Valéry, *Variéte II, 1930.*

La música está hecha; la poesía, en cambio, no existe. El músico cuenta con sus notas, sus timbres, etc. El poeta sólo tiene el lenguaje, las palabras. Y el lenguaje es algo que sirve, es algo práctico y, por tanto, antipoético. El músico se siente apoyado por su arte; el poeta debe luchar continuamente con su instrumento.

Paul Valéry, citado por Dorothy Bussy.

...mientras la poesía intenta comunicarnos lo que los ritmos de la prosa no podrían transmitirnos, sigue siendo, sin embargo, el lenguaje de una persona que se dirige a otra…

T. S. Eliot, *La música de la poesía.*

Hoy escribo un poema…

Hoy escribo un poema cansado.
Son muchos los pasos para cruzar el desierto.
Hay un pez aquí cuando ser pez parece imposible.
No hay peces aquí, aunque mi verso anterior lo contradiga.
Lo que propongo se vuelve huida, fantasma.
Lo que propongo no enciende una luz, no cierra los puños.
¿Qué otras cosas devorará el sol antes de que sea de noche?
Debo resistir –me digo–, pero para ello debo tener un cuerpo.
Digo: algo más allá de presunción, una conjetura.
Porque si existo es todavía por una idea difusa, una supuesta marca en el éter.

¿Qué será de nosotros...?

(Rómulo Macció, La mueca en el espejo. 1973)

¿Qué será de nosotros dentro de un rato, mañana?
¿Qué será de las horas, de los días con sus noches,
del paso de la luz solar a la luz lunar,
del que ahora mismo se para en mitad de una avenida
para anunciar la inminencia de otro diluvio?
¿Qué será del cabo del pincel una y otra vez mordido,
de la casa cimentada en roca, en niebla,
del amanecer que interrumpe el sueño,
del anochecer que trae el sueño pero, también, el insomnio?
¿Qué será en un instante, cuando esta pintura concluya,
y quedemos solos y desnudos, sin ayuda alguna?

Sobrevive el pájaro…

Sobrevive el pájaro en la rama
y mi mano no lo alcanza. Después,
la noche con su temor y su abalorio
y algún cuerpo ausente en el mundo
dicen presente sin abogado ante el tribunal celeste.
No hay respuesta al llamado de mi boca.
No hay pregunta escondida en la hierba,
sólo un enjambre que vaticina la lluvia;
¿y lo leído como catecismo,
lo escrito en piedra blanda
que el tiempo, supuestamente, endurecería?
Hora tras hora se configura la muerte.
¿A quién besar si la virtud declina,
declina el verbo tras una cortina de nube
y cuanto figura en el agrio evangelio
son apenas notas al pie, aclaraciones?

Los mundos colisionan. ¿Y…?

Los mundos colisionan. ¿Y
mi memoria que no halla consistencia
y se ahoga aun en el agua clara?
Por debajo, la silábica criatura
y la nervadura marcada, la música
en su precario depósito,
el arte que no se extravía entre tus senos.
Estallan, despiden llamas. ¿Y
la pretendida sobriedad,
el inseguro epitafio antes de que la hierba crezca,
el olor que resulta más sólido que la ley?
Bebo, trozada la desnudez,
caída la sábana lejos del rocío;
bebo y es tal vez la última ocasión,
fijado el horario, cerrada la guía,
clausurada la puerta hacia tu vientre, tu espalda.

No hay sino esto…

No hay sino esto, concentrado en un punto ciego.
Algo inefable pero evidente quedó
en el barro y no en la alhaja.
Y allí, ninguna curación para el dolor en la espalda,
la peste, que fuera sagrada y ahora
es sólo peste, el agua servida
desde las casas en las que nadie tiene perro
y se teme al silencio, a las tormentas.
Lo que se extraña es aquello que alguna vez
fuera obviado o escarnecido: la saliva
tornando ácido el aire, la continua batalla
entre el salmo y la serpiente,
la voz que pregunta detrás de la voz en trance:
¿dónde la médula, el útero, el ofertorio?

Hoy, en una hora que sucedió…

Hoy, en una hora que sucedió hace mucho,
en un momento del que nada ni nadie se apiada,
mientras llueve una lluvia sin virtud, sin dominio;
un vaso se vuelca, derrama un líquido invaluable,
se corta justo a la mitad cuanto liga a la vida
con lo que colma el plato, desde ahora para siempre perdido.
Nada basta, en adelante. Nada sacia
el apetito del muslo, los astros.
Y el silencio se curva, el sonido se expande
más allá de lo que alcanza el diapasón,
cuerpo sobre cuerpo en la áspera madrugada:
¿Qué se amputa cuando no hay remedio?
¿Qué se hunde cuando las agujas dejan de tejer?
¿Qué se esconde debajo del grito último,
el apresurado remiendo, cuando ya no sirve la palabra?

San Miguel, setiembre 15, 2015.

¿En qué idioma hablarle…?

¿En qué idioma hablarle a la muerte?
Cuanto rueda, abismo abajo, arrastra
al fondo lo que pude ser y no fui;
surge de la salud una rara dolencia
y trae fiebre como una tormenta trae lluvia.
Final para la eterna disputa,
alejar al roedor de la única nuez
y morder la cáscara con el último diente.

¿En qué idioma hablarle a la vida?

Mi vida fue un error –dijo…

Mi vida fue un error –dijo. Y se arrojó al vacío.
Ese acto postrero, definitivo, ¿rompió el cerrojo?
¿Pasó una esponja húmeda por cada una de las siete heridas?
¿Delineó, con arte angélico, una vía de salida?
¿Dio paso al goce, el fruto rojo bajo una luz blanca?
¿Trajo una espuma duradera, un padre renovado?
¿Detuvo al arpón en pleno vuelo hacia el pez?
¿Repuso la médula, la espalda, la espina?
¿Rehízo el devastado reino del escarabajo y la hormiga?
¿Desafiló el hacha, dio vista al ciego, recuperó salario y jardín?
¿Qué del eterno instante del parto, del unísono coral en viaje?
¿Qué del tributo seminal, del lento masaje en las encías?
¿Qué del vino bebido a pequeños sorbos, junto al fuego?
¿Y el sonido que, desde siempre, engendra?
¿Y el silencio que, desde siempre, acerca el agua a las orillas?

Porque no hubo aviso…

Porque no hubo aviso ni sospecha.
Porque la calma entre tormenta y tormenta no alcanzó.
Porque fue mínimo el espacio y el tiempo, breve.
Porque no hubo después para la hoja mustia.
Porque no hubo antes para el pájaro por el cable sostenido.
Porque no hubo a la vista algo al que evocar.
Porque lo evocado se apagó sin dejar rastro.
Porque se presentó como fantasma lo que de carne fuera.
Porque devino indiferente el último viento entre las ramas.
Porque se hizo indescifrable hasta la silla.
Porque todo fue inmediato, limpio y frío.

¿De qué color…?

¿De qué color es la despedida? La mano
busca en vano una moneda en el bolsillo
y se cortan dos cuerdas, la primera y la última;
en el metal, el óxido trabaja,
y ya nada me recuerda tu mirada
en dirección al aire donde se desbandaban las mariposas.
Adiós. Escribo esta palabra en una mínima madera.
¿De qué color…? ¿Del color de la lluvia,
de la piedra abandonada al costado del camino,
de la hierba dura y seca
que ni muerde el animal más hambriento?

Un rostro pegado al vidrio…

Aquí solo reinan el hielo y el silencio.
Truman Capote, carta a Katharine Graham,
10 de febrero de 1972.

Un rostro pegado al vidrio; lejos,
el mar con sus olas, las olas con su mar.
Un rostro. ¿De quién? ¿De
quién, abierta la puerta,
al final del estrecho pasillo,
a la dispersión de las bandadas,
a la desbandada de las fragancias?
Pegado al vidrio, un rostro.
Lejos, hierbas movidas por el viento,
casas blancas con techos blancos.

Invierno: la vida se reduce…

Invierno: la vida se reduce
a unas ramas delgadas a punto de quebrarse,
unas presencias dispersas que sólo anhelan llegar a casa
y encender con algunas maderas un fuego duradero.
Algo, sin embargo, permanece igual,
no importa la estación, si las hojas brillan en los árboles
o son arrastradas por el viento a lo más lejos y en desorden:
en el papel, luego de cuidados y correcciones,
la errata, obstinada y todopoderosa,
ocupa el lugar del poema.

Idos…

Idos para no regresar.
O para regresar convertidos en otra cosa:
un animal, una planta, un guijarro, polvo…

Negada la música…

A Guillermo Pilía

Negada la música, el mar se vacía
y un cometa se precipita; el muslo ajeno
queda muy lejos y más lejos todavía, el propio muslo.
¿Qué círculo no se niega al compás?
Una luz, supuestamente divina o de magnesio,
ilumina por iluminar el rincón
donde se guarece de la lluvia un animal desnudo y lento.
¿Qué sólido rueda por un plano inclinado?
El dos más dos en la pizarra ya no significa;
a la leche que se derrama acude sólo uno
y ese uno se extravía antes de llegar.
Negada la música, el alma de la madera,
la figura en escorzo, la nutricia telegrafía,
queda un constante deambular de peces por el aire;
el agua convertida en aire, un desmayo
un instante antes de la desbandada de las luciérnagas.

Llegué al otro lado…

Llegué al otro lado –¿debo pedir perdón
por ello?–. Traspasé el filtro de las estrellas,
el cartón de los muchos paisajes,
el férreo muro de los que señalan el aquí y el ahora,
el salitre que respiran las gaviotas,
el verso y su terquedad, hasta el asilo, el hospicio,
el reptar del ofidio, cuyo sonido invade el sueño,
la tardía o temprana explicación,
el muslo, que una teología torna soluble,
la vía hacia las hierbas, el carbunclo…

¿Debo pedir perdón por ello?

Lengua para hablar…

Lengua para hablar, y al hablar la llamo.
Pero no acude, como si en su actual condición
tuviese otro nombre. Tal vez
lo que cambió fue mi lengua,
se volvió a sus oídos irreconocible.
Callo. Para no caer, trazo, con tiza,
signos sin sentido alguno en una pizarra;
abrazo una fe a la que hasta una rata rechazaría
y bebo de un vaso vacío, a pequeños sorbos,
en la hora en que el alba es una hipótesis.

No entiendo la causa…

No entiendo la causa de ese temblor,
de esa pena hecha amargo fruto
en la rama más flaca y alejada;
no entiendo la causa de eso que torna blanca
la mano hacia el negro extendida
y convierte en mero reflejo
lo que pugna por consistir y no lo logra.
¿Y aquello que enviuda, se cubre de cenizas,
repta, se alimenta con comida de gato?
¿Qué hay por encima de mí y debajo?
¿Qué me sostendrá y traerá alivio,
al cabo de las horas, en la hora precisa
de la última, fatal mordedura?

No duerme; el mundo le es ajeno…

No duerme; el mundo le es ajeno,
acechante. En la palma de una mano,
un laico estigma; en la palma
de la otra mano, una piedra pómez,
único residuo de un antiguo,
inexplicado desastre. En la oscuridad,
cada pregunta vale menos
que un montón de ceniza;
si hubiese ahora carne
de otro cuerpo junto a la carne de su cuerpo,
si ese cuerpo fuera como una extensión
del suyo, ¿arrimaría calma
a la labor del arduo obrero nocturno,
el que golpea con su pico
la dura piedra de lo más profundo?

No hay marca de su aliento…

No hay marca de su aliento en el vidrio.
No hay mariposa alguna más allá del vidrio.
Porque no pudo andar hacia la ventana.
Porque no fue suyo el aire
y del aire, sólo del aire, nacen las mariposas.
Nunca fui niña, ni siquiera pez, pájaro mosca –dice.
Hay una música agria y descompasada.
Hay un lento animal con la boca abierta.
¿Que interpreta al mundo hoy, ahora mismo?
Que plieguen las cortinas y cierren de una vez todos los libros.
Que naufrague el pensamiento
y mi poema se vuelva incierto, inauténtico.
Que desaparezcan de una vez las mariposas.
Que sólo haya una bestia mínima,
bajo un cielo sin nubes, con la boca abierta.

El ave es apenas un punto…

El ave es apenas un punto en el cielo,
sólo puedo imaginar el color de sus ojos,
el color de su plumaje;
destinado a vivir en tierra,
apenas puedo imaginar el color de sus ojos.
Ahora, antes de alejarse y desaparecer,
veo que corrige su vuelo,
hasta ese momento equivocado,
y emprende otro rumbo.
Entonces, ¿en qué otra cosa pensar
si no en mí, en mi obcecado andar
tras el perfecto, improbable poema
mientras las canillas de la casa se oxidan,
las paredes se despintan?

En el vaso, el precipitado; materia que se separó…

En el vaso, el precipitado, materia que se separó
del agua que espejea los días y las horas,
por una causa que no alcanza a vislumbrar:
¿Por una mano negligente ante una piel ajena,
sobre blanda piedra de pureza extendida?
¿Por una mirada, primera o última,
dirigida hacia la rasgadura,
no hacia el sólido sin desgarro, a salvo?
¿Por algún olvido que pareció nimio
y que, en un remoto rincón del universo,
inició la consunción de un sol
hasta entonces con brillo y ardiente?
Ahí, en el poso rojo o blanco,
sin explicación a la vista,
lo que queda de lo que la vida concentró
a fuerza de pulsación y relámpago.

No saber, no saber…

A Julio Silva

No saber, no saber y es medianoche.
De la eterna ubre, una leche indiferente, agrisada.
Si voy hacia la estrella, algo me cierra el paso.
¿De qué triste fuente mi debilidad?
No saber si es sangre o saliva el líquido en mi boca.
Lo que me urge es esto que oscila, pulsa a medias,
carga con su hambre y su sarna,
halla luz sólo en los ojos de los roedores,
profesa una religión con un dios delgado y escamoso.
El mar no puede ser sondeado –me dicen.
¿Y si entrego parte de mi carne?
¿Y si entrego toda mi carne?
¿Y si entregadas entraña y médula
la noche persiste en fijar en el hueso su burdel,
en el nervio su ley bifurcada en oquedad y espectro?

No es de noche. Lo es. Y es…

No es de noche. Lo es. Y es
el indeleble *amar, temer, partir* en la pizarra,
por más que llame a lo que supongo
espera más allá de los arbustos,
por más que sitúe mi mirada
en soles remotos en los que, tal vez,
bulle y rebulle la vida…
Es de noche. No lo es. Y no es
sino el torpe sonido que produce
la piedra al ser frotada con otra piedra,
la rústica disposición de los filamentos
que, creados para estar sumergidos,
vegetan al sol sobre la tierra.
¿Dónde quedaron la arista, la bujía, el oratorio?
En el fondo, la radiación que no alcanza
a esculpir el momento salvífico:
un brazo que se agita en el aire,
la danza que se inicia
justo cuando concluye toda música.

Se trata de una máscara…

Se trata de una máscara
adherida al rostro, de molinos
que giran en el aire y muelen aire,
de un agua colmada de hélices
en vez de peces, de un viajero
que regresa de la lluvia con la ropa empapada,
de un último sol sobre una tierra
donde cada quien empuña un cuchillo;
se trata de una cama sobre un campo de algas,
de una súbita marea sin influencia lunar,
del amante a horcajadas entre lo que desteje y trafica,
del tiempo medido por un reloj sin muelle ni agujas,
del reducido salario del otoño,
del fruto en veloz inclinación, en eclipse.
Se trata de lo que puntualmente arrebata,
del ojo pinchado por la aguja,
de algún remiendo, de alguna oscilación,
de algún falso prospecto,
de alguna derrota grabada con punzón en una madera,
de un dos más dos como toda teoría
para explicar cuanto pulsa, escarcha, coagula.

No, todavía; mientras…

No, todavía; mientras, la espera.
¿Qué juego jugar si no es mediodía,
y la luz del sol no ilumina
el breve lugar donde nos alojamos?
Pero, ¿llegará ese momento?
No llega; entretanto, el perro duerme,
la cabeza apoyada sobre las patas.
¿Con qué sueña si cada tanto se queja y tiembla?

Llega un momento…

Llega un momento en que el pie,
aunque desnudo, no entra en el zapato.
Entonces de nada vale, como antes,
mirarse al espejo, anotar al margen,
buscar cada cosa en cada lugar donde se la guardaba.
¿Qué es lo que a esta hora
el poema, éste, cualquier poema, anuncia
y, por pudor o temor, calla?

Envejece la piedra…

A Alberto Nigro

Envejece la piedra, cubierta
de musgo y solitaria; el tiempo se curva
y ocupa todo el cielo, de horizonte a horizonte;
debajo, el suelo que generaciones de mínimas criaturas,
al depositar sus heces, tornaron negro.
Aflojada la cuerda, la música se vuelve casi inaudible;
con la llovizna caen rostro y nombre
y quien acude o llama se encuentra
con un desnudo que cree leer
mientras sostiene ante sus ojos un papel en blanco.
Delgado tronco que la evidencia tuerce
hasta tocar la tierra: a la idea la sostiene desde atrás
un grosero metal que no aparece en la fotografía.

Apenas asomado…

…el polvo roba el día y le escurece.
Luis de León, *Profecía del Tajo.*

Apenas asomado, para no caer.
Así y todo para ver le alcanza.
Ve cómo pierde derechura el mediodía.
Ve cómo se apaga de a uno de todos la mirada.
Ve que falta lo que hasta ayer sobraba.
Ve el plato sin alimento y el alimento sin plato.
Ve la primera y la última cuerdas, cortadas.
Ve la cifra sin objeto, la lluvia sin objeto.
Ve uno donde debiera haber dos.
Ve el retiro, la mera aproximación, el salitre.
Ve la imposibilidad de toda desnudez.
Ve por encima de su cabeza el vuelo bajo de los cuervos.

Eso, que tiembla y supura…

A Enrique de Santiago

Eso, que tiembla y supura, no me basta.
Nacido en una nuez, en su centro apretado, oscuro,
empuño el revés del anhelo, el bastón;
me pregunto qué poseo, qué huye de mí
en dirección a las islas dispersas, habitadas por iguanas.
Hay un capítulo que no alcanzo a leer.
Y el tesoro prometido se hunde cada vez
un poco más en la tierra. Qué envejece,
pasada la medianoche, para exclusivo beneficio
de la soledad, el batir de persianas, los malos actores.
Es capricho de ángel pintado en la esquina.
Es boda de cordero y sílaba.
Es trueque de música por fragilidad.
Es precio intangible, retrato que no subyuga.
Se habla de hilar, de juntar trozos dispersos.
Pero en la cabeza sólo sopla el viento.
Arrastra a la mujer que danza, al niño que orina,
gota a gota, mientras se retiran el porvenir, el sonido.

Y atareado de sombras y motores…

Y atareado de sombras y motores,
empuja bala de éter por entre los números perfectos que pulsan,
los muslos que aspiran ser blancos, musicales.
En el fondo de la lámpara arde la última gota que no se consume.
Y gravita un sí por encima de la roca en circo que se niega.
Pero, ¿debajo de qué desnudez aparecerá por fin el vestido?
¿de qué lado del paisaje surgirán lágrima y pétalo,
agitado friso tras la huella del musgo?

Perecerá aquello que lleve mi nombre…

Perecerá aquello que lleve mi nombre,
el resto –limo, moho, fuego,
tu espalda contra el muro,
el papel con su filo, un ladrido,
un adiós ajeno y oído al pasar– seguirá existiendo.
Al ser llamado –eso creía–
y al yo acudir, en alguna lejana roca,
cada vez se inscribía una nueva marca profunda,
evidente y segura. Eso creía.
Pero el viento, con su obstinación,
enturbió la límpida superficie
y mi rostro allí reflejado,
hasta entonces una unidad,
se descompuso en fragmentos
que, de a uno, irán desapareciendo
al llegar a la orilla,
y así hasta el último.
Esto prosigue, sin pausa,
y no se detendrá.

¿ Hay, abajo o arriba, una voluntad..?

¿Hay, abajo o arriba, una voluntad
capaz de reunir, en un mismo punto,
denso de toda densidad, cuerno y cifra?
En el preciso instante de la hoja seca,
¿dormita el puño atravesado por la espina
y se nutre el pecho ciego de azafrán y cábala?
No dura el pez en la tierra.
No dura el terrón bajo la lluvia.
No dura la mirada ante la luz que explota.
No duran. Sólo la noche es alta
y el día se disipa en su propia y constante radiación.
En lo oscuro, regurgita, ofrece
de su boca un bolo casi místico,
allí se congregan vestidos y desnudos,
presas de la fiebre, dando gritos.

¿Qué busca el pez en el fondo? Revuelve…

¿Qué busca el pez en el fondo? Revuelve
con su trompa el barro. ¿De qué luz
dispone, allá abajo? ¿De qué luz
dispone si hasta allá abajo no llega
ni un poco de luz? Escarba
en lo profundo, en lo oscuro,
en el silencio. ¿Qué busca,
qué cosa busca allá
en el fondo, sin luz que alumbre,
donde no se sabe si es día
o noche, bajo
el peso del mar que lo aplasta?
¿Tiene ojos? ¿No los tiene,
es ciego? Revuelve,
escarba, en el barro.
¿Qué busca? ¿Busca algo?
¿O sólo es costumbre,
acto mecánico, sin sentido?
En un lado de la tierra
anochece: se vacía cada vaso
y no queda agua para ser bebida,
del otro lado, amanece:
la amada se disuelve
ante los ojos del amante;
allá abajo, lejos,
revuelve el pez en el barro,
en lo oscuro,
bajo el peso del mar,

bajo el peso.

¿Cuál es la medida, la tabla..?

¿Cuál es la medida, la tabla,
el esbozo? En la sombra, el instinto;
en la luz, la herrumbre
que migra de cuerda en cuerda.
Cree, no cree: se peina
en la penumbra, después del deseo
y su conclusión; brevedad, infinito:
el agua es confusa,
baja espesa hacia un centro inmóvil,
la belleza se hace y se deshace
mientras espío lo que queda del mundo
a través de su última voz
áspera y profunda.
¿Cuál es la cábala,
la melodía, el arco
ahora que todo se apaga
y, en lo que cae, rueda y se trastorna,
pronto nadie, pasado, periferia?

Hay una botella rota…

Hay una botella rota
entre muchas otras botellas rotas,
rotas maderas, alas rotas
de pájaros rotos, un cartel
casi hundido en el fango.
Pero duerme, no despierta.
Se derrama la tinta,
ensucia el papel, la mesa, el suelo,
vuelan fragmentos de mundos,
islas en llamas, mares en llamas,
y, en medio del caos,
una forma tropieza con su sustancia
y no la reconoce,
no reconoce el barco a su timón, a su amarra,
la máscara al rostro que oculta.
Pero duerme, no despierta.
Arañas, rocío, caracol, mercurio,
cópulas, proverbios, aerolitos,
mueble que rechina, esmalte
sobre esmalte, metamorfosis,
desde el barro hacia las alas.
Pero duerme, no despierta.
¿Quién clavó con clavo perfecto
su sueño, lo fijó
en un muro blanco, uniforme,
contra el que chocan, sin destino,
las mareas, las luces, las manos?

¿Por debajo? Un largo viaje leído…

¿Por debajo? Un largo viaje leído
por el ojo ciego, sin aire.
Allí no se sueña, nunca se está de espaldas.
¿Por encima? ¿Cómo sin caer
en la soberbia? ¿Cómo sin
ser arrastrado lejos por el viento?
¿Qué ocio o trabajo podrá respondernos,
qué risa que no se extinga cada mediodía?
Debe estar escrito, pero en idioma incierto.
Cada letra en sucesivos relámpagos
que no siguen un orden preciso.
¿Qué pretende el sólido
que pende inmóvil de un hilo?
Así desde siempre,
pese al paso de los trenes,
los golpes a las puertas,
las llamas que al quemar purifican.
¿Y el ritmo de cada respiración,
cada pequeña muerte entre sudores,
la luz en los vidrios de las ventanas,
la hierba que brota del suelo,
de las rocas?

¿Un deseo?

¿Un deseo?
Romper el libro, abrir el viento.
¿Un deseo?
Engañar a la muerte, despertar y seguir soñando.
¿Un deseo?
Un teatro de ópera en llamas.
¿Un deseo?
Lo dijo Yeats: *The burning bow that once could shoot an arrow out of the up and down...*
¿Un deseo?
Constantinopla, el Mar del Norte, oro y esmalte.
¿Un deseo?
El desnudo perfecto en el vaso de la Gran Obra.
¿Un deseo?
Una pluma de gorrión en el aire del mediodía y ningún gorrión a la vista.
¿Un deseo?
Una varilla, hojas de estaño, una chispa en una botella de Leyden.
¿Un deseo?
Comer con las manos.

Oídos, nariz, ojos: tiene que haber…

A Rubén Grau

Oídos, nariz, ojos: tiene que haber otra cosa.
Otro modo de saber qué nos mata
o nos salva, cuál es el destino real del largo viaje
en el que estamos desde siempre embarcados
y que apenas si alcanzamos a entrever
en los ojos de los otros,
en el vuelo de los pájaros de rama en rama.
Tiene que haber una manera diversa,
un instrumento más allá de la brújula,
el compás, el cronómetro;
de la tierra lodosa, por fin, a tierra firme,
del mero número al color y sabor del número,
de la sangre en la tierra a la sangre,
para siempre, purificada por la luz, el agua.

Esto, y no otra cosa, debe ser la vida…

A Albert Camus

Esto, y no otra cosa, debe ser la vida.
Un vino agrio para saciar la sed,
un escaso alevino para poblar ríos y estanques.
Nada más. Por qué, entonces,
su obstinación en hablarnos
de las nupcias del viento con el mar y los ajenjos,
del árbol pequeño y aislado
como la más tierna y frágil de las imágenes,
del desacuerdo que sin embargo ilumina,
del canto de las cigarras
a mitad de camino entre el amor y la miseria.
En qué punto, entonces,
ahora se lo pregunto, la pánica divinidad,
el sólido corazón que se abre a la música,
la noche pura que se bebe,
la pasión que se encamina hacia las lágrimas,
los olores de la tierra y la sal,
el verano adormecido, el sereno o voraz decurso
hacia el pavor, el éxtasis, la ira, las uvas.

No duerme; el mundo le es ajeno…

No duerme; el mundo le es ajeno,
acechante. En la palma de una mano,
un laico estigma; en la palma
de la otra mano, una piedra pómez,
único residuo de un antiguo desastre.
En la oscuridad, cada pregunta vale menos
que un montón de ceniza;
si hubiese ahora carne
de otro cuerpo junto a la carne de su cuerpo,
si ese cuerpo fuera como una extensión
del suyo, ¿arrimaría calma
la labor del arduo obrero nocturno,
el que golpea con su pico
la dura piedra de lo más profundo?

Me dice algo al oído…

Me dice algo al oído.
Me dice lo que no quiero oír.
Me lo dice y se desatan los perros.
La tormenta se desata.
La materia se disocia
y la locura pierde instancia, categoría.
Me lo dice como si al decirlo
la tierra se volviese infecunda
y el amor no se entendiera
y junto con el agua derivara hacia el confín.
Me lo dice y el mundo se reduce
al tamaño de un grano de arroz;
me lo dice y el mundo se expande
hasta ocupar el universo.
¿Qué no es tosco ahora, y superfluo,
qué no desencarna, se vuelve inútil, impreciso,
qué deseo no se inclina al reposo?
Del suelo y su abundancia, apenas un mapa.
De la velocidad, apenas un engranaje.
De lo prometido, un palo soterrado,
un efecto, azul o blanco,
un faro que se apaga
más allá del último sol, el último vestigio.

Más allá de la noche…

Más allá de la noche hacia otra noche
en la que un pico filoso y curvo,
sin piedad alguna, picotea y desgarra.
¿Habrá ahora, como antes hubo, un gran pez
y, adentro, en lo oscuro, un cobijo?
Se licúan lo dado y lo negado
y fallan los ojos, falla la órbita
en su recorrido y consistencia,
falla el hilo que el afecto devana
y luego tiende de lado a lado sobre el abismo.
Una voz: *Nada el pez*
en su propio nadar sumergido.
Vuela el ave mantenida por su propia
y denodada constancia. Se sostiene
por simpatía ante el abismo la piedra.
¿Por qué entonces, pudiendo ser éstas y muchas otras cosas,
soy esto que sólo me trae pesadumbre?

Que no me demore en la noche fría…

Que no me demore en la noche fría,
bajo astros fríos, esparcidos y olvidados;
que no me demore porque la demora
implica interminables pasadizos
en los que nada ni nadie espera.
Que no me demore en la mañana fría,
bajo árboles antiguos y desnudos;
que no me demore porque la demora
es mal de piedra, lento e incurable,
monótona respiración de fantasma:
la demora es de la vida su última, fútil sustancia.

¿Qué resulta inocente…?

¿Qué resulta inocente bajo esta lluvia? ¿Qué
podrá ser salvado frente a esta renovada idea
de una tierra plana? ¿Qué viene a ser la vida
en medio de estas innumerables voces que anuncian
la total victoria de lo oscuro? ¿Qué furia o rabia
queda ante esta súbita espada entre tu vientre y mi vientre?
¿Qué medida y anchura tiene este peso
y qué terror guarda en su seno este rayo frío
que algunos llaman la luz del sol?

¿Hay en alguna parte…?

¿Hay en alguna parte una figura
capaz de absorber todo aquello que nos hiere, nos mata,
capaz de liberarnos, de salvarnos?
Me pregunto por ese barro, esa cerámica,
metal o madera. Y en la forma:
de humano, de pez, de animal del aire o la tierra;
en qué base apoyarla, bajo qué cielo
o techo, si guardarla bajo llave
o dejarla al sol, bajo la lluvia.
Porque ahora es necesaria la inocencia,
tanto como el agua, el alimento;
más necesaria que una silla, un libro.

¿Podré encontrar alguna vez –se pregunta…?

¿Podré encontrar alguna vez –se pregunta– la palabra
justa, más allá de la eterna mecánica, rueda
sobre rueda, la palabra precisa
aunque sople desde arriba y desde abajo la tormenta?
Pero la hoja y la flor se secan, entonces
¿le queda tiempo, medido no en eones
sino en horas y segundos, queda
al menos, en el bestiario de su mente,
una cabra, una anguila? Sobre la mesa,
una lámpara encendida, aunque por la ventana
penetre la luz del día. Una palabra,
¿pero cuál? De a poco
se le agota el aire que respira,
mientras lleva a cabo, otra vez, su tarea
iluminado por una luz alterna, equivocada.

Recojo en un vaso…

Recojo en un vaso lo que quedó
al cabo de los años y las horas, las oscilaciones
de la mente, los juegos de las luces y las sombras.
Ese residuo aún vibra, mínima porción líquida
que se evaporará dentro de un rato.
Tengo que medir ese temblor
que se vuelve cada vez más imperceptible,
tengo que pesar esa leve materia
que, sin remedio, se disipa.
Pero, ¿me queda tiempo para ello?
Y si queda, ¿cómo lo hago yo,
rico en afán, mísero en instrumentos?

¿Vive, o al menos sobrevive…?

¿Vive, o al menos sobrevive, salta
como una cabra de lado a lado el abismo,
aguarda inmóvil desde siempre la decisión de lo remoto?
Ocupa un lugar, pero ¿cuál?
¿El lugar desde el cual es posible ver
un mar a mediodía, la luz reflejándose
en olas sucesivas? ¿El lugar
desde el cual nada se ve, excepto
una lenta y pesada bestia
que pregunta por lo único que tenía
y le fuera arrebatado, el relincho?

Aquí y ahora, una despedida…

Aquí y ahora, una despedida (¿definitiva?
¿transitoria?) a la mente que concibe,
aéreo o subterráneo, un refugio;
un vuelo que la fatiga no consume;
la voz espesa o el susurro, bajo un fugaz alero,
en una tarde de lluvia; la vida entera
como hierba que roza el pie descalzo.
Lo múltiple se reduce a un único camino.
Adelante, el cielo se desuelda del horizonte
y la escasa claridad solar
luce como un precario zurcido
que no durará. Incluso
los casuales enjambres deben resignarse
a un angosto pasillo entre nubes.

Plegado el mapa…

A Loreena Mc Kennitt, *Dante´s Prayer*

Plegado el mapa, queda el tránsito
a campo traviesa hacia quien sabe qué libertad
o admonición. Devanado el hilo,
quedan el percutiente idioma de los amantes,
una jornada entre hierbas altas que pareciera concluir
y no concluye. En la arena, un bote
que con obstinación agita los remos,
la piedra que regresa a su primera beatitud,
el mar una vez más por la Luna alertado:
se arroja ola tras ola sobre la tierra.

Pero, de algún modo…

Pero, de algún modo, allí está.
De todos modos, allí presente, tal cual
o transfigurada. Tan derecha
como arqueada, árbol que anhela tocar el cielo,
espalda que se obstina en tocar la tierra.
Allí, tan remota como próxima,
emerge y alcanza altura
y antes de perder en su esfuerzo
la pulpa y la cáscara,
esparce polen.

¿En qué vaso proteger…?

¿En qué vaso proteger al fruto recién arrancado?
¿Cómo descorrer el velo que oculta el rostro?
Más allá del número último
y del último sustantivo, arde la única instancia
y se vuelve impuro el abrazo debajo de las sábanas.
(Llueve. Así, con esta persistencia e intensidad,
no llovió antes jamás. Pero
hay quien cree que hay cielo limpio y sol.
Pero hay quienes tienden un mantel sobre la hierba
y almuerzan, vestidos y desnudos.)
¿Qué emplaza al niño
y lo empuja hacia el amplio espacio
donde se amontonan hojas y ramas secas?
¿Qué trae esta lluvia
bajo la que ando desde que me acuerdo,
sin rumbo fijo ni equipaje?

Saborea el jarabe…

Saborea el jarabe en el instante previo
al fin del mundo; es dulce el sabor del jugo
un momento antes de que todo concluya.
Y lo que degusta torna dulce también la escena penúltima:
todavía no se oscurece el cielo,
no se consumen, de a una, las estrellas.

Aquí, donde vienen a comulgar…

Aquí, donde vienen a comulgar las sombras,
donde los ecos no provienen de voz alguna,
de ruido alguno. Y el vasto programa
del silencio, la errada articulación
y el sinsentido de los que acuden en masa
a presenciar el final del viento y del fuego.
Aquí, la entraña vaciada y el tardío abrazo.
Siempre es orilla. Siempre es epifanía que no se cumple.
El negado obsequio de las ramas.
Las ramas que se agitan, una a la vez.
No poder atravesar esta firme materia.
No poder tomar al fin la primicia.
¿Y si el mundo se corriera y me dejara ver tu espalda?
¿Y si los mundos se corrieran y me dejaran ver tu vientre?
Una marca, al menos una.
Una astilla de metal caído, de niñez caída.
Conté cien nubes y no hubo milagro.
Conté cien mil nubes y hubo, como antes, levedad y espera.
¿Y si las estrellas se corrieran y me dejaran ver tu rostro?

Queda, sin embargo, una instancia…

Queda, sin embargo, una instancia.
En el dorso de la mano que roza el agua.
En las algas sumergidas que la mano no alcanza.
En la palma de la mano que es mía, de todos y de ninguno.
En cada mano que pugna por la luz y rehúye el lodo.
En el lodo que el escarabajo transforma en mundo.
En la luz que otorga su azul al azul.
En el molino que gira y muele granos y horas.
En el polvo de las horas que el paño pugna por limpiar.
En la mañana anterior a la conciencia, flujo y reflujo del sueño.
En la conciencia, mariposa que choca una y otra vez contra la ventana.
En el desnudo y su lenta procesión de misterio a misterio.
En la flor que cae y en su caída esboza la eternidad.
En el esfuerzo hacia el tragaluz, el respiradero.

Hasta aquí el poema…

Hasta aquí –verso tras verso– el poema.
A partir de aquí una torpe metáfora del silencio,
del blanco sobre el blanco:
un polvo que se acumula sobre la mesa.
¿Y ahora, qué rumbo?
¿Cómo reconstituir la escena
que la conclusión otra vez dispersa:
huecos donde hubo árboles,
agujeros donde hubo piedras?
A la intemperie, en la vereda opuesta,
un hombre desnudo,
abandonado por todo dios
y todo semejante. ¿Quién puede decir,
ahora, que no es de cada uno
la única imagen en el espejo?

Y finalmente…

Y finalmente desencarna.
Y finalmente engruesa la ausencia
de belleza, con alguna belleza
nacida de alguna remota borrasca,
una pasión, titilante y telegráfica.
Lo que entonces hallará no lo sabremos.
No sabremos qué clase de paraíso,
qué altura y qué nueva virginidad,
atravesada la estrella y repuesto el mito.

DATOS DEL AUTOR

Carlos Barbarito (Pergamino 1955). En poesía editó: Poesía quebrada (Mano de Obra, Buenos Aires, 1984); Teatro de lirios (Fundación Alejandro González Gattone, Pergamino, 1985); Éxodos y trenes(Último Reino, Buenos Aires, 1987); Páginas del poeta flaco (Filofalsía, Buenos Aires, 1988); Caballos y otros poemas (Hojas de Sudestada, La Plata, 1990); Parte de entrañas (Arché, Buenos Aires, 1991); Bestiario de amor (El primer siglo, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1992); Viga bajo el agua (Ediciones del Dock, Buenos Aires, 1992); Meninas/Desnudo y la máscara (Poesía. Ganadores del Concurso Nacional de Poesía Enrique Pezzoni 1992. Centro de Estudiantes Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Último Reino, Buenos Aires, 1992); El peso de los días (Ediciones Electrónicas Altamira, Buenos Aires, 1995); La luz y alguna cosa (Último Reino, Buenos Aires, 1998); Desnuda materia(Ediciones del Árbol, Buenos Aires, 1999); Puntos de fuga (Colectivo ZonAlta, Toluca, 2002); La orilla desierta (Andrómeda, San José de Costa Rica, 2003); Piedra encerrada en piedra(Hespérides, La Plata, 2005); Les minutes qui passent (Poietes, Foetz, 2005); Figuras de ojo y sombras (Bermingham Edit., Donostia, 2006); Música humana y de paramecio (Colección Manija, San José de Costa Rica, 2008); Un fuego bajo un cielo que huye (Baile del Sol, Tenerife, 2009); Cenizas del mediodía (Praxis, México D.F., 2010); Feu sous un ciel en fuite; traducción de Patrick Cintas (Le Chasseur Abstrait Éditeur, 2010); Paracelso (Barcelona, Excodra, 2014); Falla en el instante puro (Botella al mar, Buenos Aires, 2016) y Radiación de fondo (dos ediciones: Abrace,

Montevideo, 2018; clinamen, Buenos Aires, 2018). En cuanto a sus publicaciones referidas a las artes plásticas: Acerca de las vanguardias, Arte argentino siglo XX, Comisión de Homenaje a Jorge Feinsilber, Buenos Aires, 1990; Roberto Aizenberg. Diálogos con Carlos Barbarito, Fundación Federico Jorge Klemm Editora, Buenos Aires, 2001.

ENLACE

https://carlosbarbaritobiblio.blogspot.com/

Epub Validado: http://validator.idpf.org/
EPUB Validator (beta)
Results
Versión detectada: EPUB 2.1
Resultados: No se encontraron problemas en barbarito_radiacion_de_fondo.epub.